



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

POCA 6ª — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 12. — Madrid 25 de Abril de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.



LA MAÑANA DE PASCUA, COMPOSICIÓN DE PASCUAL LELIES.

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *La redención*, Julián Robuster y Luengo. — *Progresos científicos*, Melchor de Palau. — *Las siete palabras*, Angel Lasso de la Vega y Piscowich. — *A la memoria de D. José Canillanes y Federici*, J. M. Antequera. — *Libros*, Angel Salcedo. — *A un lucero*, A. Alcalde Valladares. — *Las Bellas Artes en España* (continuación), Conde de la Viñaza. — *Moraima: Crónicas granadinas*, Josefa Pujol de Collado. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

LA MAÑANA DE PASCUA, composición de Pascual Lelies. — Tras la austera Cuaresma, que congrega a la familia en el hogar y a los fieles en el templo, vienen los primaverales días de Pascua, en que se disfruta del campo y de los placeres con que brinda la naturaleza, asunto que inspiró al celebre dibujante norteamericano Lelies la obra que figura en este número, alegoría que representa los sencillos goces de la infancia y la simpatía que une a los niños con las flores.

VIENA. LA CATEDRAL DE SAN ESTEBAN EN LA FIESTA DE PASCUA FLORIDA, dibujo de Krousteia. — Representa nuestro grabado la nave central de la Catedral famosa, una de las más precladas joyas del arte gótico que existen en el mundo, vista desde el crucero en el día de la celebración de la Pascua. El aspecto rico y grandioso de este templo, tratado está a maravilla por el artista que goza de tan envidiable reputación, y el concurso que invade el templo, tomado del natural, aumenta el interés del cuadro.

JESÚS RESUCITANDO A LA HIJA DE JAIR, cuadro de Rauchinger.

«... He aquí un príncipe; se llegó a él y le adoró, diciendo: «Señor, ahora acaba de morir mi hija; mas ven, pon sobre ella tu mano y vivirá.»

«Y cuando vino Jesús a la casa de aquel príncipe y vió los tañedores de flautas y una tropa de gente que hacia ruido, dijo: «Retiraos, pues la muchacha no está muerta, sino que duerme... y se mofaban de él.

«Y cuando fué echada fuera la gente, entró y la tomó por la mano. Y se levantó la muchacha.»

Inspirado en estos versículos del Evangelio de San Mateo, compuso el autor este cuadro, dejando en él impreso ese sello de grandeza y sencillez que tanto le realza.

RESURREXIT, NON EST HIC, cuadro de Manuel Ruiz Guerrero. — Expuesta esta obra en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, atrajo la simpatía del público, y singularmente del público católico. Representa a las tres Marías cuando acuden al sepulcro del divino Redentor, y se les aparece el ángel que les dice:

«Resurrexit, non est hic. Resucitó, no está ya aquí.»

Las tres figuras están tiernamente sentidas y artísticamente colocadas, y en el fondo del lienzo palpita espíritu de fe, á que el arte moderno nos tiene en verdad, poco acostumbrados.

LA DÉCADA



OSANNA! Terminaron las profecías, las luces se encendieron, los velos se rasgaron, vuelan las campanas, y el coro entona: ¡Aleluya! ¡Aleluya! Pasaron los días de la meditación y del dolor que para muchos son largos, á pesar de lo cortos, y que para otros se recomiendan por su inefable dulzura, por la visita á los sagrarios, momentos de placidez espiritual, regocijo de creyentes, síntesis de recuerdos y esperanzas, y por tantas otras manifestaciones que nos apartan de la vulgar rutina de los otros días del año. Es paréntesis la Semana Santa abierto á las luchas y miserias de la vida; ráfaga de paz que nos aproxima y eleva á ese ideal superior en que la eterna verdad palpita, el rencor se templó, el ansia de lucir y de gozar refrena sus apetitos; época, en fin, demasiado pasajera, en que las pasiones duermen y despierta la conciencia por amortiguada que esté, disponiéndonos á un modo de reflexión, de aspiración, de concentración, que serena las tempestades del alma.

Ne recorderis... clama la Iglesia al conmemorar á los difuntos, y coincidiendo con los días de luto por la muerte del Redentor, los fieles católicos de la Diócesis matritense no pueden menos de recordar lo que, por mano alevosa y sacrilega, padeció, el Viernes Santo hizo tres años, nuestro primer Obispo, el ilustre D. Narciso Martínez Izquierdo, nombre inolvidable para los que admiraron su sabiduría y preclaras virtudes; su celo por la alta

misión que le había sido confiada, y sus luchas por el mantenimiento del dogma y de la unidad católica. Descansan sus restos venerados al pie del altar mayor de nuestra Santa Iglesia, donde estos días se han elevado tantas preces á su memoria. El traje que vestía cuando tan inesperadamente y con el perdón en los labios sucumbió, consérvese como piadosa reliquia en la sacristía de la Capilla de la Virgen del Buen Consejo, en la misma Catedral. Oremos en sufragio del alma del egregio Prelado.

Al sonar las diez del Sábado de Gloria, el monótono trotar de caballos alquilones y el resbalar de los coches peseteros; el trajín y los gritos de los vendedores y el movimiento de la población, anuncian que la vida habitual se restablece y todo vuelve á su anterior estado.

Amanece el Domingo de Pascua con cielo diáfano, atmósfera tibia y espléndido sol, y mientras muchos cristianos van á recibir la bendición Papal de manos de nuestro amado Obispo, celebrante en la solemne fiesta de la Catedral, otros corren diligentes por la calle de Toledo á tomar posiciones para adquirir un billete de los toros, diversión que, con la vanidad ó la envidia, sigue formando el trío de la pasión nacional. Los toros, con sus espejismos heroicos y sus rasgos típicos, que renuevan el valor y la fuerza de edades primitivas; el circo popular, con el recuerdo de tanta escena sangrienta, viven hoy y se amoldan de tal suerte á nuestro temperamento é imaginación, que á falta de nuevas peripecias en los procesos célebres, tenemos ya la revista taurina, escrita en jerga, con variantes de verso truhanesco y prosa de la germanía ó de la hampa; á la revista añádase la biografía, que ya pinta en serio á los toreros; los papeles ilustrados, que reproducen sus retratos con tintas de sangre de toro, y la sección telegráfica, en que al pelo, como diría un hablante de chaqueta ó chaquet, se nos comunica en el acto lo que pasó en todos los redondeles de España. Si este diestro se lució en la brega; si el otro puso un buen par, y si los chicos estuvieron ¡tan guapos! Y al telégrafo, sigue la crónica con la lista de los días, horas y minutos, y las detalladas localidades, donde durante el año matarán el *gran Califa*, Mazzantini ó *Salvaor*.

Y después de todo esto, vamos á la *mezquita* de Madrid, pobres y ricos, niños y ancianos, mujeres de todo linaje y calibre, falange bulliciosa, que rueda por la calle de Alcalá, ya en milord ó en manuela, paladeando alegre aquella estrofa de la populachera *gran polka de Lagartijo*:

«Porque hay personas
que por los toros
van á empeñar,
un día de corrida,
hasta el modo de andar.»

Y el que no fué á la corrida extraordinaria, prólogo de otras muchas y muy ordinarias que nos esperan domingos, lunes y jueves, fué el día de Pascua al paseo, al campo imaginario de los madrileños, á las afueras, con bota y vihuela, llevando encima la contra-colación. Todo el mundo estuvo en la calle; la ola humana arrolló cuanto encontraba al paso; los ómnibus y tranvías amenazaban al peatón con su crestería de cuerpos empingorotados, y la turba, á su vez, interrumpía la marcha de los *chalets* ambulantes. Las damas lucieron la mantilla blanca, y las ex-manolas del barrio alto ó bajo, el pañolón de Manila, matizado de cien colores y con el fleco *arrastrao*. Aquello era... la mar de divertidos y de hombres libres como el aire.

Y por la noche, al teatro la gente menuda, el medio ambiente social, y la *crema* á los salones,

que para eso habíamos recobrado nuestra normalidad. Pero teatros hay pocos; se cerraron los principales. El *Español*, cuna de nuestro arte, y la *Comedia* se han quedado sin inquilinos: fuéronse á viajar, y no es esto lo peor, sino que las actrices huyeron también, unas al Río de la Plata, que aquí no abunda, y otras para no volver, como la Mendoza Tenorio, que se va á casa ó á casarse, cosa que en joven casadera, nada tiene de particular.

¿Pero cómo quedan las tablas sin damas? Los autores, en lo sucesivo, tendrán que escribir *sólo para hombres*, ó sacar cómicas de las bailarinas que desempeñen los papeles con los pies, ya que del Conservatorio nada sale que sea digno de conservarse. En cuanto á los salones, también sus panegiristas plañen angustias porque no se abren tantos como fuera de desear. Porque si bien se introdujo en alguno que otro, el elemento flamenco de guante blanco, el telón ha caído por esta temporada para no volverse á levantar, anunciándose entre los salones el predominio para fecha no larga, del salón del Prado.

Ultima nota:

Un concejal decía á un su amigo de esos que viven en la calle:

— Si le disparan á usted una manga de riego, le atropella un coche ó le cae encima un andamio, no se apure: es que se han perdido las Ordenanzas municipales, que estábamos improvisando hace diez años.

Tordesillas

LA REDENCIÓN



BRID la historia de la humanidad; registrad sus páginas; recordad los acontecimientos más sublimes y sorprendentes, y entre los más extraños, ved si hay alguno que, por su importancia y por sus consecuencias, pueda compararse con el que en estos días ha celebrado la Iglesia católica.

Cuatro mil años habían transcurrido desde la desobediencia de nuestros primeros padres, y los hombres todos fueron incapaces para reparar tamaña falta.

Necesario era que la reparación partiese de una voluntad superior al hombre, pues sólo un Hombre-Dios podía realizarla.

Encóntrabase el mundo en la mayor abyección.

Una sociedad de esclavos supeditada al tirano; en que la plebe se la separaba de los patricios; en que el hijo era vergonzosamente vendido por su padre, y que el marido tenía sobre su mujer absurdos derechos, que la envilecían, y que la misma legislación romana denominaba *cosas*; una sociedad, en fin, en que el veneno y el puñal ejercían su acción impunemente, no tenía razón de ser; era fatal y pernicioso.

Mas en apartado rincón de Judea nace el Hombre-Dios, cuyo objetivo fué establecer el reinado de paz y caridad con el precio de su sangre preciosa.

Transcurren treinta y tres años de penitencia y de predicación, y ese hombre sin mancilla, hijo de la mujer más pura, más santa y más sensible de todas las madres, apura el cáliz del dolor en afrentosa pasión, para rescatar el linaje humano.

Hijo y Madre son dos grandes, majestuosas é incomparables figuras; nuestra limitadísima imaginación no sabe qué admirar más: si los sufrimientos físicos del hijo, ó los acerbos dolores de su sacratísima Madre.

Angustioso es el trance del primero, que cree insoportable apurar el cáliz del dolor; terrible el duelo de la segunda, viendo al hijo de sus entrañas siendo baldón y befa de aquella despiadada plebe.

Ya en la Cruz, desnudo, ensangrentado y desfallecido, dirige en derredor una mirada de compasión y sólo encuentra horribles carcajadas de sus miserables verdugos. Escucha un grito, el de una mujer, cuyo demacrado rostro deja ver las penas de su lacerado corazón; el grito de la dolorosa Virgen que, despojándose del casto velo que cubre su virginal cabeza, cubre con él el cuerpo del hijo de sus entrañas.

La hora funesta llega: Jesús exhala un suspiro, la tierra se estremece, el velo del templo se rasga, el relámpago cruza el etéreo, la potente y majestuosa voz del trueno aterrador llena el espacio, los sepulcros de los Profetas se rompen en pedazos, la noche reemplaza al día, las estrellas al rey de los astros, y ante tantos y tan variados fenómenos, los mismos que momentos antes se burlaban de su Divinidad confiesan: "¡Ese es Jesús, Dios nuestro: creo en tu infinita Providencia!"

Al espirar el Mártir del Gólgota el mundo nace a nueva vida: todo cambia con el sacrificio de un Dios-Hombre; el mundo sale de su letargo y postración, renaciendo en los corazones el reinado de paz y caridad, fundando sobre las ruinas del mundo antiguo un imperio más extenso, más sólido y duradero que el de los Césares.

Es el imperio de la fe y de la verdad, que se abre paso ante todas las resistencias y todos los obstáculos; es el imperio del amor, que todo lo vence; de la justicia, que triunfa de los que la ultrajaron; es el imperio de la Cruz, que redime al hombre de la esclavitud, restituyéndole la dignidad de hijo adoptivo de Dios, estableciendo la libertad y el derecho.

Grandes, trascendentales é innumerables son las conquistas realizadas por la Redención contra los errores del paganismo; pero acaso la de mayor magnitud, es la de haber salvado á la mujer de la servidumbre en que yacía.

Griegos y romanos consideraban á la bella mitad del género humano de dos maneras: ó como sierva en el hogar doméstico, sin derecho alguno que la libertase de la tiranía de su señor, ó como objeto de lujo y de placer, entregada al capricho y vanidad de hombres disolutos, cuyas cadenas, no porque fueran de oro, las tenían menos esclavizadas.

Aquellas matronas griegas y romanas, con sus lujosas túnicas plegadas, con sus fastuosos mantos, costosos brazaletes y profusas riquezas, no miraban al hombre como á su igual, sino como á su señor: no compartían con él alegrías y penas inherentes á la vida, sino que le servían de juguete, de adorno ó de lujo en sus casas; de fiesta y de regocijo en el mundo, y á la primera cana ó arruga que en su terso rostro aparecía quedaban relegadas al olvido. Tal era la condición de la mujer en aquellos pueblos que se llamaban libres.

El Cristianismo fué el que, librando á la mujer de la dependencia en que los gentiles la tenían sumida, restableció su dignidad primitiva y la elevó á nivel del hombre como su hermana y compañera, presentándola á los ojos del mundo como el ángel custodio de su vida y depositaria de sus dolores y esperanzas; como modelo de amor y norma de virtudes cristianas.

En la inmensidad del tiempo no se borrará jamás la imagen sacrosanta del Regenerador del mundo, rescatándonos de la muerte con el precio infinito de su sangre preciosa: permanecerá en el transcurso de los siglos como firmísimo asiento donde descansan las grandezas del Cristianismo: las verdades eternas.

JULIÁN ROBUSTER Y LUENGO.

PROGRESOS CIENTÍFICOS

El fonógrafo en el teléfono. — Colores permanentes. — Hontoria. — El cañón neumático. — Lección de las aves á los hombres.



A ha dejado de ser asombrosa novedad que pueda una persona acercarse á la placa del teléfono y conversar con otra, que la escuche y responda desde leguas de distancia. He visto á un precioso niño, que no sabía hablar aún, remedar todos los actos telefónicos que en su casa veía á la continua, prueba de que aquello que ha sido en nosotros una superposición, será en los seres venideros tan natural y lógico — constituyendo juego infantil — como lo fué el caballo y más tarde la locomotora y el tren; pero está probado que los adelantos científicos se suceden y engranan maravillosamente, pues no otro adverbio merecen, y ya el teléfono se ha enmaridado con el fonógrafo, naciendo de su enlace nuevas y asombrosas aplicaciones.

Por si alguno de nuestros lectores ó lectoras ha echado en olvido lo que es el fonógrafo, que expliquemos en anterior revista, bástele saber, dicho en pocas palabras, que es un aparato en que una lámina de cera conserva impresos los sonidos, y que, por un procedimiento inverso al en que allí se han escrito, salen otra vez al aire, reproduciendo la conversación ó música que delante de él se tuvo. Recordado esto, se comprende que en vez de hallarse á las extremidades de un aparato telefónico una persona que habla y otra que escucha, pueden ser sustituidas por un fonógrafo que suelta los sonidos que tiene en conserva, y otro que, á su vez, los recibe y guarda para cuando convenga; el artificio equivaliendo al humano sér, pero á las órdenes y derivado de éste; el acumulador indicando una vez más el gran papel á que está llamado en lo porvenir; las nuevas subdivisiones y aprovechamientos del tiempo, factor importantísimo, una vez demostrado que veinticuatro horas al día son pocas para la agitada vida moderna, y que es preciso, como se dice en *El tanto por ciento*, sobornar el tiempo, so pena de aniquilarnos por exceso de actividad y por consiguiente excitación de nervios.

Volvamos al adelanto científico; no se trata de una idea, sino de un hecho, desde Nueva-York á Filadelfia, es decir, á 115 kilómetros de distancia enlazados por vía telefónica, 14 subterráneamente y al aire libre los restantes, se ha hecho el experimento, que se repetirá en la futura Exposición de París: un fonógrafo Eddison, situado en Nueva-York, *telefonaba*, como ahora se dice, á la sala del Instituto Franklin, y allí otro fonógrafo recibía lo transmitido, con precisión automática; pero los circunstancias, que eran numerosos, poco ó nada oían, y era preciso llevar á buen término lo comenzado; al objeto se utilizó lo que en términos vulgares llamaremos un amplificador de sonidos, mediante el cual los *acumulados* en el fonógrafo resultan emitidos con un vigor y con una claridad á que el incipiente aparato no nos tenía hasta ahora acostumbrados, pues más parecía remedo de voz de polichinela que de voz humana.

No hemos de insistir en las ventajas que del nuevo invento, ó combinación de inventos, se vislumbra; podrá, además de las directas que acabamos de expresar, una persona preparar el fonógrafo ante el teléfono y marcharse, recogiendo al volver cuantas noticias se le hayan comunicado en su ausencia; y por sistema inverso, sin que su personalidad sea exigida, con ayuda de un aparato de relojería, tendrá medios de estar hablando con un amigo ó con varios á la vez, y vivir así una vida doble ó cuádruple, en concordancia con las imperiosas necesidades modernas.

Verdaderamente el procedimiento no puede ser más sencillo ni más lógico, y lo único asombroso

en él, como en todos los descubrimientos, es que á nadie se le haya ocurrido antes.

* *

Hartos están los oídos humanos contemporáneos de saber que las pinturas modernas, no sólo no sobrepujan, pero que no llegan á las célebres egipcias que, tras siglos y siglos de adornar las cajas de las momias, se han ofrecido á los ojos *tan frescas* como confeccionadas en la víspera, y que tocante á las murales de Pompeya acontece lo propio, sin que la losa de lava haya influido en su brillantez; mas en cambio, y merced á la tendencia á la sofisticación que nos invade y caracteriza, los cuadros modernos son en realidad *cuadros disolventes*, pues desaparecen en breve espacio todas sus tintas, siendo la desesperación de los verdaderos artistas, que anhelan vivir en lo futuro; los colores azules, especialmente, se alteran con facilidad tal, que antes de medio siglo apenas ha de quedar rastro; esto nos lleva á la memoria que, en los estudios que dos alemanes hicieron acerca del color de las flores y de su influencia en los perfumes, ocupaban también el ínfimo lugar las flores azules; pero dejando á un lado por ahora, los productos de la naturaleza y volviendo á los del arte, hemos de noticiar á nuestros lectores la feliz y práctica idea de un arqueólogo y de un químico francés, consistente en arrancar un pedazo de pintura de los frescos de Pompeya y de analizarlo para deducir los ingredientes que lo constituyen, viniendo á conocimiento de las causas de su inalterabilidad.

Por lo que al azul se refiere, ha resultado ser un silicato doble de cal y de cobre, muy fácil de ser reproducido; es el que antiguamente se llamó azul de Alejandría, y que con mezclas é innovaciones se había echado á perder, pudiéndose casi asegurar que se lograba con arena y carbonato de cal, sometidos á muy alta temperatura y adicionándoles cobre quemado.

Como se comprende, por análogo sistema se vendrá en pleno conocimiento de los constituyentes de los vivos colores egipcios, y la moderna química podrá, con sus indiscutibles adelantos, producirlos de nuevo y combinarlos, si se quiere, con los muchos y variados que se extraen del carbón de piedra, desconocidos todos ellos de nuestros mayores, llevando así la tranquilidad al ánimo de los artistas, y no menos á la de los adquirentes de cuadros.

* *

No porque no nos hayamos entusiasmado con los *propósitos* de Peral, vaya á creerse que escaseamos elogios á los inventos españoles; muy al contrario, los consignamos con verdadero placer, como lo haremos el día en que los cálculos y deseos del ilustre marino obtengan la sanción de la práctica y se demuestre que son un avance sobre lo que por este camino se ha hecho en otras naciones.

En prueba de lo expuesto relatamos, en honor de España, los que no hace mucho se han verificado en Trubia.

Los resultados obtenidos merecen tenerse en cuenta, puesto que constituyen un triunfo del general de artillería Sr. Hontoria, que una vez más ha demostrado su reconocida capacidad, añadiendo un nuevo timbre de gloria á la reputación que justamente disfruta dentro y fuera de España.

Los nuevos cañones pesan 33 toneladas, y por la velocidad inicial obtenida, que les permite perforar un espesor de 0,66 m de hierro, pueden ventajosamente ser comparados hasta con otros de calibre mayor contruidos por los famosos Krupp y Armstrong.

Estos resultados tan perfectos eran esperados por todos los que conocen la competencia del Sr. Hontoria, que es tanta y tan bien sentada la tiene, que

hace pocos años, á raíz de las pruebas hechas en el Havre con el cañón de 0,16^m, el eminente ingeniero M. Dupuy de Lome, espontáneamente pasó una comunicación á la Academia de Ciencias de París, dando cuenta de los resultados obtenidos por el entonces brigadier Hontoria, á quien calificó como el primer artillero del mundo.

El triunfo alcanzado recientemente en Trubia es más satisfactorio aun que el obtenido en el Havre, porque ahora se trata de una pieza de mucha más importancia que la de 0,16^m y que ha salido de talleres españoles.

Dentro de corto tiempo han de probarse los cañones de 0,32^m, también construídos en Trubia según los planos del general Hontoria, cuyos resultados no dudamos han de ser lisonjeros.

* *

A la próxima desaparición de las guerras en la historia de la humanidad contribuyen, no tanto los sentimientos fraternales que la rapidez de comunicaciones ha desarrollado, como el temor que infunden los adelantos en los medios de destrucción; el *similia similibus curantur*, este gran principio de la medicina moderna, es el que, hasta de un modo higiénico ó preventivo, sana las grandes hemorragias humanas, denominadas guerras ó duelos nacionales, que á cada paso y por el más fútil pretexto se promovían.

A la honda, al ariete y al plomo derretido hanse sustituido la ametralladora, la nitroglicerina y el torpedo; y mientras se busca el medio quizá de inficionar la atmósfera de los campos enemigos, el teniente Zalauski, de la marina de los Estados Unidos, ha ideado un nuevo sistema destructor: el cañón neumático, basándose en la expansión del aire comprimido para obligar al proyectil á salir del alma del aparato; para refinamiento de la idea, la bala no revienta hasta tanto que se ha internado en el cuerpo á que va dirigida, para lo cual va provista de una pila eléctrica de cloruro de plata, que no funciona más que cuando está húmeda, ó sea cuando, por efecto del choque, se quiebra una esferita llena de agua que moja la mencionada sal de plata.

Los ensayos se han hecho contra un pobre buque inútil, que á los pocos disparos ha quedado completamente destrozado, y fuera de combate.

¿Qué nación ha de atreverse, después de tales pruebas, y existiendo la certeza de otros inventos no menos temibles, cuyo secreto guardan los Gobiernos respectivos á declarar la guerra? ¡Cuán grande responsabilidad asume la que tal haga! Bien haya el sanitario miedo que los terroríficos inventos producen en los ánimos levantiscos. *Si vis pacem, para bellum.*

* *

Los habituales concurrentes al Parque de Barcelona, emplazamiento luego de la Exposición Universal que tanto ha engrandecido nuestra patria, pudieron observar hace algunos años que una de las aves emigradoras, por habérsela roto un ala, hubo de invernar en el estanque; ¡triste debió ser la despedida! Sus compañeras, previendo los rigores de la estación, partieron á más templados climas, á la voz del instinto, atravesando los mares; mas al siguiente año volvieron solícitas á acompañar á la *aliróta*, repitiéndose el acto en los sucesivos con asombro, y para enseñanza de los que en análogas circunstancias hubieran olvidado á la infeliz.

Cuanto acabamos de relatar, que hemos visto por propios ojos, corrobora y da certidumbre á lo que dice un periódico científico: suelen acudir al bosque de Vincennes una casta de cuervos de color gris pizarroso, de los cuales dos cayeron en el lazo que al efecto se les había dispuesto; ya el jardinero, al sacarlos de él y conducirlos á la pajarera, se vió como asediado por los amenazantes chillidos de

otros cuervos que le siguieron unos 250 metros con manifiesta intención de hacerle soltar la presa; expresivo es el acto y revela una unión y un cariño que nadie sospechaba en aves de tal especie; mas no es esto todo lo que abona en su favor: una vez metidos en la pajarera, Mr. Leters, — quien es por lo visto el sabio que al cuidar de ellos los estudia, — notó que comían con exceso, pues habían devorado en solo un día un kilogramo de carne de caballo y cuatro grandes trozos de pan — alimento que nos hace recordar el célebre cuadro del *Hambre* que está en el Museo — se puso en acecho y vió acudir en torno de la transparente cárcel un grupo de cuervos de la misma familia, que, con acento quejumbroso, como quien pide limosna, llamaban la atención de los encarcelados, los cuales, *nadando en la abundancia*, como dice Leters, *han creído deber hacer partícipes á los menesterosos*, y repartían con el pico sus sobras con una equidad y con un formalismo dignos de imitación.

Por las noches se ha visto, además, que, obedeciendo á la voz del más viejo, se agrupan todos en el árbol que aquél ha elegido, encaramándose en las ramas y dando nueva prueba de obediencia y respeto á sus superiores. ¡Cuántos y cuántos no han tomado de los cuervos más que lo malo, sin pararse en el examen de sus buenas cualidades, y llevando á cabo una selección inversa y contraproducente, pues lleva á la postergación en vez de al enaltecimiento!

MELCHOR DE PALAU.

LAS SIETE PALABRAS

Á MI QUERIDO TÍO DON MANUEL ESCUDERO Y TORRES

¡Clavado en una Cruz el Dios potente,
abatida la frente
al sentir del mortal las amarguras!
¡Oprimido en poder de los humanos
el Dios de los cristianos,
el que asienta su trono en las alturas!

¡Sirviendo de irrisión, escarnecido,
de espinas circuído
por infame y sangrienta muchedumbre,
y á tus verdugos tu piedad redime!
Sacrificio sublime
que hizo un altar de la afrentosa cumbre.

¿Tú, el Supremo Hacedor de lo creado,
en esa Cruz clavado
por quien te debe el sér, el hombre mismo?
¿Tú sufriendo á esa plebe sanguinosa
que á tu voz poderosa
pudiste sepultar en el abismo?

Cediendo al peso de la Cruz, tres veces
apuraste las heces
del cáliz del dolor; dolor profundo,
que una pobre mujer sólo aquilata:
la que tu faz retrata
en sacro lienzo, que venera el mundo.

La materia se rinde á la fatiga;
ninguna mano amiga
encuentras en el pueblo sanguinario,
que impío te rechaza de su seno.....

Prosigue el Nazareno
por la escabrosa senda del Calvario.

Y allí, en poder de bárbaros sayones
de viles corazones,
que á Ti adelantan sus impuras manos,
te alzaron en la Cruz ignominiosa,
en la Cruz afrentosa,
hoy emblema de todos los cristianos.

Tu Madre, en tanto, de dolor transida,
por Ti su angustia olvida,
y ante la Cruz sus lágrimas reprime,
por temor de que el llanto te taladre.

¡Ay, su amor es de madre!
¡Es el amor de madre tan sublime!

El Rey de reyes, redimiendo al mundo,
salva al pueblo iracundo
que huella sin razón todo derecho,
y volviendo á su Padre Omnipotente
dice con voz doliente:
¡Perdonadles; no saben lo que han hecho!

El miserable siervo del Romano,
al castigar no en vano
dos malhechores, humillarte quiso;
mas se truncó su afán cuando en su duelo,
hoy serás en el cielo,
dijiste al que anheló tu paraíso.

Así exclamas, ¡oh Dios! no era bastante
tu suplicio infamante
á la inmensa piedad que de Ti emana,
y al decir á tu Madre, en ella hijo:

Mujer, he ahí tu hijo,
Madre la hiciste de la estirpe humana.

Tú, el que adora el cristiano en sus altares,
Tú, Creador de los mares,
Tú, que el agua arrancaste á la ardorosa
arena del desierto, Tú murmuras:
Sed tengo; y así apuras
la hiel amarga de la plebe odiosa.

Y el horrendo suplicio sobrehumano,
al sufrir como humano,
Tú, sér consustancial, Verbo divino,
exclamaste: ¡Señor, no me abandones!

En tanto sus pasiones
desborda de la plebe el torbellino.

Se estremece del Gólgota la cumbre;
oculta el sol su lumbre,
se abren las tumbas; se oscurece el cielo;
gime la tierra; ruje el mar airado.....
Ya todo ha terminado.

El templo de Salén rasga su velo.

Marmórea palidez cubre al instante
su divino semblante,
y sus convulsos labios entreabriendo,
al extinguirse la amorosa llama,
con dulce voz exclama:

¡A Ti, Padre, mi espíritu encomiendo!

Tú, Madre tierna, sin aliento y vida,
ves que el pueblo deícida
aun víctima hace al Mártir, de sus sañas.
Sin temer de su crimen la sentencia,
arrancó la existencia
del hijo que tuviste en tus entrañas.

Huye el pueblo aterrado, su delito
al ver con sangre escrito
del Gólgota en la cúspide ominosa,
y desde entonces por la tierra errante,
su pecado infamante
expía allí donde su planta posa.

Y con el cielo y con el mundo en guerra
sin un palmo de tierra
donde encontrar amparo, luz ni abrigo,
huyendo su sentencia irrevocable,
le sigue inexorable
el Gólgota, su afrenta y su castigo.

Pero la Madre, de dolor transida,
al restañar la herida
que al hombre sume en duelo sin segundo,
á Dios extiende los amantes brazos,
esos benditos lazos,
prenda de redención entre Él y el mundo.

ANGEL LASSO DE LA VEGA Y FISCOWICH.

A LA MEMORIA

DE
DON JOSÉ CAVANILLES Y FEDERICI

N el verano del año anterior falleció en las posesiones de los Sres. Marqueses de la Romana, en Guadalupe, el inolvidable amigo cuyo nombre dejamos escrito a la cabeza de estas líneas. Entonces dedicaron a su memoria algunos periódicos sentidas frases y expresivos elogios. Nosotros, que le queríamos muy de veras, vamos también a poner una pobre flor en su sepulcro, humilde ofrenda que nos complacemos en tributarle por lo mucho que valía, y con el deseo que este recuerdo, dulce para nosotros, lleve también a sus amigos el eco de un nombre querido, que de seguro no ha olvidado ninguno de ellos.

Muchos de nuestros lectores han conocido a su ilustre padre, el eminente jurista y castizo escritor D. Antonio Cavanilles, académico de la Historia, y habrán tratado a su distinguida madre Doña Antonia Federici, señora de gran discreción y muchas virtudes, que poco tiempo antes de morir su hijo falleció en edad muy avanzada. De tan dignos padres era natural que saliesen excelentes hijos, y así ha sucedido en efecto, sin que ninguno haya sido excepción de la regla.

Era el menor de ellos el que aquí recordamos, el cual, aunque en su juventud primera se preparaba para ingresar en el Colegio de Artillería de Segovia, con tan buenas esperanzas de éxito como que tenía el número primero en la Academia preparatoria dirigida por el Sr. Urquiza, cayó enfermo por exceso en el estudio y tuvo que renunciar a su propósito, emprendiendo la carrera de Derecho en la Universidad Central. Mucho se distinguió durante ella por su aprovechamiento y adelantos, lo cual, unido a su bondadoso carácter, le valió gran aprecio de sus profesores y la amistad con que allí se le unieron y continuaron profesándole mientras vivió, los Sres. Pidal, La Hoz, Silvela, López Puigcerver y otros hombres notables de distintas escuelas y partidos.

No tuvo Cavanilles la suerte de que su digno padre viviera lo bastante para poder dirigir sus pasos en la carrera de la abogacía, a la que pudo ya dedicarse un año después de la muerte de aquel ilustre jurista. Mas no por esto dejaron de señalarse los primeros pasos que dió en su carrera, ya en el bufete, ya en los estrados, ya en el desempeño de uno de los Juzgados de paz de Madrid que tuvo a su cargo, porque el claro talento, el recto juicio y la singular discreción que lo adornaban, lo guiaban siempre por el mejor camino en el cumplimiento de sus deberes, que en todas circunstancias sabía llevar a cabo con tanta seguridad como modestia.

Los acontecimientos de Septiembre de 1868 vinieron al poco tiempo a dar otra dirección a su vida. Cavanilles fijó entonces la vista en aquel campo donde se levantaba la bandera religiosa contra las perturbaciones e impiedades de la revolución que de tal suerte conmovió la paz de España; y el eminente escritor que en 1870 era en Suiza Secretario de D. Carlos, al tener que ausentarse por algún tiempo para Viena, le recomendó a Cavanilles como a propósito para sustituirle. Cavanilles desempeñó este cargo con el acierto que llevaba a cuanto se ponía en sus manos, y las cartas que después de su muerte y doliéndose de este triste suceso han escrito D. Carlos y Doña Margarita a la Señora Condesa de Cerrajería, demuestran cuán satisfechos quedaron de la manera como allí se condujo su hermano.

Terminada la guerra civil, se dedicó Cavanilles en el retiro de su hogar al cuidado de su anciana madre, objeto predilecto y especialísimo de su

cariño, empleando además su tiempo en el desempeño de los negocios que como abogado le encomendaban los que conocían su diligente capacidad y su acreditada honradez. Todavía antes de comenzar las vacaciones del año último, defendió con muy buen éxito en el Tribunal Supremo un pleito de un letrado de Madrid, antiguo amigo de su familia.

Y fuera de estos trabajos Cavanilles se dedicaba mucho al estudio y a la lectura, poseyendo una instrucción no vulgar, a la que presidía un criterio recto al par que independiente; todo lo cual apenas era conocido porque casi nada escribía para el público. En dos veranos consecutivos (los de 1885 y 1886) tuvo el que esto escribe ocasión de tratarle casi diariamente, y le sirvieron de mucho sus conocimientos y estudios en trabajos literarios que llevaba entre manos, y en los que, falto de libros en aquellas circunstancias, le fueron muy útiles la cooperación y la biblioteca de Cavanilles.

En el invierno de 1887 falleció su anciana madre, causando este suceso a nuestro amigo profundísima pena, así por el grande amor que le tenía como por ser su única compañera hacia ya muchos años. Muy luego se notó en él un gran desmejoramiento, porque la serena energía de su espíritu no podía triunfar de su pena, como lo hacía al parecer, sino a costa de su robusta constitución.

Entre los varios amigos que entonces le ofrecieron, al par que su compañía, alivio a su dolor y medios de restaurar sus fuerzas físicas que decaían visiblemente, se contaron los Sres. Marqueses de la Romana. A su lado, y con el propósito de hacer todos juntos un viaje a Alemania, se fué al comenzar el mes de Agosto último, en que se hallaban los Sres. Marqueses en sus posesiones de Guadalupe. Pero los afectuosos cuidados que le prodigó esta noble familia no eran ya poderosos para contener la inminente ruina que su decaimiento moral y físico iba a producir muy luego. Así es que a los pocos días de su llegada hubo de postrarse en el lecho que para él había de ser mortuario.

La gran serenidad de ánimo de nuestro amigo hizo creer que el padecimiento no era grave. Pero aunque la gravedad no apareciese al pronto, mostróse a los pocos días y se desarrolló tan precipitadamente, que ni aun dió lugar a una agonía sensible. Cavanilles murió con dulce tranquilidad, fortalecido con los auxilios de la religión y mostrando en sus últimos momentos aquel fervor y aquella fe viva que habían adornado siempre al caballero y al cristiano.

Descansan sus restos en el santuario del célebre monasterio de Guadalupe, junto a los sepulcros reales en que yacen la Reina de Castilla Doña María y su hijo Enrique IV, y donde también se encuentran entre otros muchos de célebres personajes históricos, los del Infante D. Dionisio de Portugal y el célebre Gregorio López, comentador de las Partidas, a los pies de la veneranda imagen de Nuestra Señora.

«¡Bienaventurados, dice la Sagrada Escritura, los que mueren en el Señor!» Dulces y consoladoras palabras, que ciertamente no nos eximen de implorar en favor de nuestro amigo, con oraciones y suffragios, la misericordia divina. Por eso, mientras reposan sus restos a la sombra del santuario y sobre su sepulcro se cierne la placida aureola de santas tradiciones y venerables recuerdos, si bien podemos esperar mucho para su alma, rica en virtudes y purificada en los últimos meses de su vida mortal con hondos y largas penas, hemos de pedir a Dios que le conceda lo que, dada la humana flaqueza, habremos de alcanzar más de su misericordia que de su justicia: un lugar en la mansión de la eterna bienaventuranza.

J. M. ANTEQUERA.

LIBROS



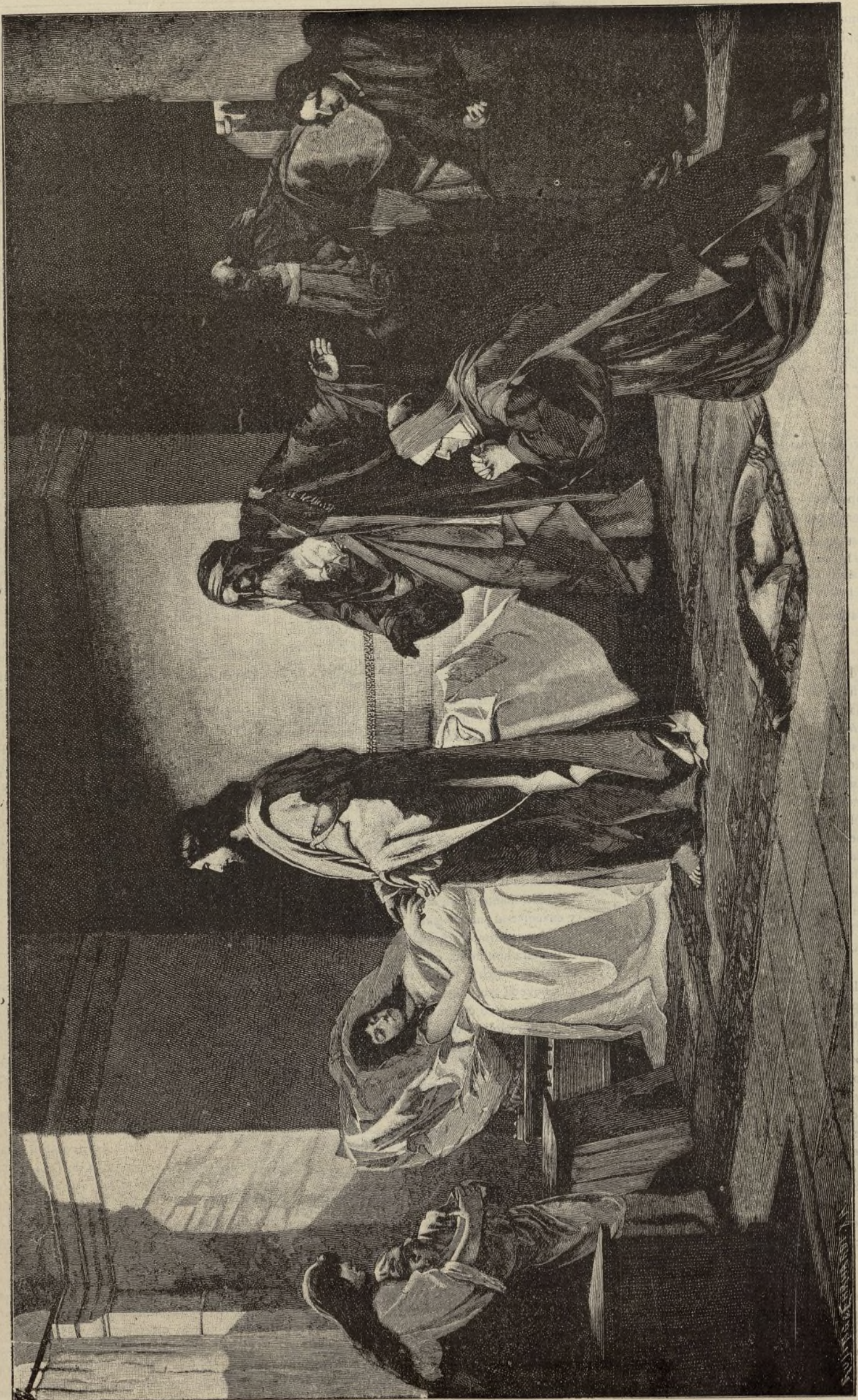
TIEMPO hace que una porción de libros esperan sobre mi mesa de estudio que les llegue turno para que yo escriba sobre cada uno de ellos el artículo que tengo prometido, ya a sus autores, ya al Sr. Director de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, ya a mí mismo; esto es, que con nadie tengo empeñada promesa; pero que yo, motu proprio, he resuelto decir al respetable público lo que me parecen y representan dentro del movimiento literario contemporáneo. Sin embargo, pasa el tiempo y llueven sobre mí de continuo nuevos quehaceres, y no escribo los artículos proyectados, y cada día entran nuevos libros a reforzar el escudrón de ellos que ya milita sobre mi mesa, y, no sabiendo qué hacerme, decido, por último, salir del paso, englobando en un solo artículo lo más sustancial que sobre los libros pensaba escribir, limitándome a nombrar algunos que ya el público conoce de sobra, y no necesita, por consiguiente, que yo les diga nada de ellos.

¿Qué decir, v. gr., de *La Puchera*, de Pereda, que todo el mundo no se sepa de memoria? De reputación universal, el insigne novelista montañés goza el privilegio, raro en España, de que apenas ven la luz sus novelas todos los aficionados se apresuran a comprarlas, todos los gacetilleros a dar cuenta de ellas, todos los encomiadores de oficio a ponerlas por las nubes, y todos los críticos a comentarlas y juzgarlas, manifestando si la última producción del ilustre santanderino representa un progreso o una decadencia respecto de las anteriores. A propósito de *La Puchera* también se ha discutido esto, y es opinión corriente que Pereda, con su *Sotileza*, tocó en el zénit de la gloria literaria y señaló claramente la plenitud de su potencia artística, y que después de *Sotileza* no ha decaído; pero tampoco ha progresado, cosa, por otra parte, casi rayana en lo imposible. Porque ¿cómo progresar después de haber escrito *Sotileza*, esto es, después de haber producido una obra perfecta?

Tampoco es necesario hablar de la nueva colección de cuentos del P. Coloma titulada *Del natural*, precioso tomo de 199 páginas en 8.º, impreso esmeradamente en Bilbao, y que contiene cuatro narraciones: «¡Era una santa!», «El cazador de venados», «Mal alma» y «¿Qué sería?», para cuyo cumplido elogio basta decir que son del P. Coloma. Es este humilde hijo de San Ignacio uno de los escritores más dulces, fáciles, abundantes, castizos, morales y simpáticos que hay en España. Estudiándole a fondo no es difícil descubrir en él la luminosa huella de Fernán Caballero, que no sólo en el fondo, sino hasta en la forma, se nota en el eminente jesuita la influencia de la gran escritora sevillana. Pero lejos de amenguar esto el mérito del P. Coloma lo acrecienta; porque aparte de lo que hay en Fernán Caballero como consecuencia natural de su sexo, esto es, la exquisita sensibilidad femenina, inimitable del todo a los escritores varones, el P. Coloma, no sólo imita, sino que pule y perfecciona a su modelo, ganándole mucho en castizo y literario. No hay, en efecto, en el P. Coloma ni aquellas enojosas digresiones que afean los mejores relatos de Cecilia Bolh, ni aquellas frases y palabras de sabor extranjero que deslucen la prosa de la sevillana. El vago sentimentalismo germánico que Fernán Caballero supo hermanar admirablemente con la gracia andaluza, también falta en el P. Coloma; pero esto tengo para mí que ni era un defecto en la escritora, ni que lo es en el jesuita el haberlo suprimido. En el uno positivamente, y negativamente en el otro, es en ambos el sello de la individualidad, de la genialidad propia de cada escritor, de la originalidad, en suma, cualidad que ni aun moviéndose dentro



VIENA. LA CATEDRAL DE SAN ESTEBAN EN LA FIESTA DE PASCUA FLORIDA, DIBUJO DE KROUSTEIN.



JESÚS RESUCITANDO A LA HIJA DE JAIRÓ, CUADRO DE RAUCHINGER.



de una misma tendencia ó escuela literaria, debe dejar de resplandecer en ningún escritor digno de tal nombre. Así lo es el P. Coloma, y de lo mejor que cabe, y por eso sin duda cuenta ya con la simpatía y con el amor de todos los aficionados á las bellas letras, y su nombre, popularísimo en España, empieza á traspasar las fronteras y á ser conocido y apreciado en todas las naciones cultas de Europa y América.

Otro escritor muy conocido, Teodoro Guerrero, ha publicado una nueva novela, *La pasión de los celos* (cuadros de la vida íntima), impresa en la Habana á últimos del año anterior, 1888. Forma un tomito de 296 páginas, y es, como todas las de Teodoro Guerrero, un relato sencillo, sentido y moral, en que se revelan las condiciones de un maestro en el arte de novelar.

Y ya que hablo de novelas, no quiero que se me quede en el tintero la noticia de que acaba de ver la luz otra de mi amigo Alfonso Pérez Nieva, titulada *La clase media*, que aun no he tenido tiempo de leer.

* *

Maria en el Calvario se titula un poemita publicado por D. Vicente Sancho del Castillo, con licencia de la autoridad eclesiástica. El sublime asunto de esta composición está bien comprendido y sentido, y los versos son fáciles y bellos.

"Contempladla, cristianos, y pues todos
Fuisteis la causa de su inmensa pena,
No turbéis su dolor, pero en silencio
Junto á la cruz llorad..... ¡llorad con Ella!"

Así termina su cristiano y hermoso canto el señor del Castillo.

* *

A últimos del año pasado vió la luz en Zaragoza un curioso estudio histórico del Sr. D. Antonio Hernández y Fajarnés sobre *San Vicente Paúl, su patria y sus estudios*; es libro ya muy conocido, y otro aragonés ilustre, colaborador por cierto de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, el Sr. D. Vicente de la Fuente, ha contribuido á la popularidad del estudio del Sr. Fajarnés con discretos artículos insertos en la prensa católica diaria. Sostiene el Sr. Hernández y Fajarnés que el Apóstol de la caridad no es francés, sino español y aragonés. Lo que parece indudable es que la familia y apellido son españoles; así que incurren en error de monta los que pronuncian á la francesa el apellido Paúl, y dicen Pol y no Paúl con todas sus letras, como se ha pronunciado siempre en España.

* *

De la acreditada imprenta y librería de la Inmaculada Concepción de Barcelona nos ha venido una traducción muy oportuna, la de la obra de Drumont, *El fin de un mundo*, notable complemento de *La Francia judía*, que tanta boga logró hace poco tiempo. En este mundo cada uno tiene sus manías, y la manía de Drumont ya se sabe cuál es; es la de suponer que todos, absolutamente todos los males que afligen á los pueblos modernos reconocen por única causa la influencia de los judíos. Indudablemente los *pérfidos judíos*, como los llama nuestra Santa Madre la Iglesia, han ejercido y ejercen en los pueblos cristianos una influencia deletérea; pero á pesar de esto, el criterio de Drumont, por exclusivista no puede admitirse. Mucha parte tendrán los judíos en nuestros males; pero parte también deben tener los malos cristianos y no floja. El libro de Drumont es, sin embargo, si no un libro extraordinario como su autor lo ha subtitulado, un libro curioso y digno de estudiarse; en él puede convencerse el más despreocupado de que los caminos que lleva la civilización moderna, apartándose cada vez más de las vías cristianas, son caminos malísimos, por los que se llegará á un in-

evitable precipicio si antes no se tuerce el rumbo.

León Taxil, el francmasón arrepentido que tanto bien presta á la buena causa con sus escritos, acaba de penetrar otra vez, ó mejor dicho, otras dos veces en nuestra lengua castellana, pues dos son sus obras últimamente traducidas. La principal de ellas es una historia popular de las hermanas de San Vicente de Paúl, titulada *Las Hermanas de la Caridad*, y que forma un precioso tomito de 340 págs. en 8.º, é impreso, como el libro de Drumont, en los acreditados talleres de la Inmaculada Concepción de Barcelona. Del mismo centro de propaganda procede otro folleto de León Taxil, *Gambetta asesinado por los francmasones*, cuyo título ya indica claramente su objeto y tendencias.

De la propia librería es la *Vida del bienaventurado Fr. Crispín de Viterbo*, llamado *el santo alegre*, de la Orden de frailes menores Capuchinos, por el Rdo. P. Ildefonso de Bacal, de la misma Orden. Lleva un prólogo y notas del P. S. Calasanz de Llevaneras, y forma un lindo tomito de 330 páginas de muy suave y edificante lectura para las personas piadosas.

Y hora es ya de cerrar este largo artículo; pero no será sin que citemos tres libros que llegan últimamente á nuestras manos, y aunque de muy diferente índole, son los tres muy notables.

Es el uno el nuevo poema de Campoamor; *Qué bueno es Dios!* composición simbólica, que tanto puede explicarse bien como mal desde el punto de vista dogmático; el otro es un libro de Derecho, *Las Instituciones de Derecho civil con arreglo al nuevo Código*, por los Sres. Belda y Berben, impresas esmeradamente en los talleres del Asilo de Huérfanos, obra digna de mención y estudio, bien pensada y escrita con galanura; y el último de los libros citados es, finalmente, la *Gramática Castellana*, del insigne escolapio P. Ubeda, que aunque reimpresión, con las muchas adiciones y meditadas reformas introducidas, casi es obra nueva.

ANGEL SALCEDO.

Á UN LUCERO

SONETO

Cuando la noche vagarosa tiende
su negro manto sobre el muerto día
y envuelve al mundo entre la sombra fría
que de su densa obscuridad descende,
tu clara lumbré los espacios hiende,
cruzan tus rayos la región vacía,
y la bóveda azul, antes sombría,
tu ardiente foco con su luz enciende;
te miro caminar hora tras hora,
y al verte en las esferas apagado
ante el fulgor de la naciente aurora,
te pregunto al mirar nuestro destino:
¿cuántas almas felices has hallado
al recorrer, lucero, tu camino?

A. ALCALDE VALLADARES.

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA

POR EL CONDE DE LA VIÑAZA

Notas, ordenadas en forma de Diccionario, sobre más de 400 artistas no citados por Cean Bermúdez, ni por Llaguno.

(Continuación.)

Martínez de Burueva y de Bame (Roy ó Rodrigo), escultor. Era de 1294, año de Cristo de 1330. Trabajó el sepulcro del célebre D. Rodrigo González Girón para la iglesia del Monasterio de

Nuestra Señora de Benavides, de Monjas Bernardas, en el obispado de Palencia.

"Tiene este sepulcro una losa blanca junto al suelo, de altura poco más de una mano, de figura cuadrangular, más larga que ancha, lo largo hacia el altar mayor, y encima de ella, á las cuatro esquinas, cuatro leones de la misma piedra, que es muy gentil en color y lisura, y entre león y león un dragón muy fiero, sobre los cuales se levanta un sepulcro de la misma materia, bien alto y capaz, todo hueco, dentro del cual está el cuerpo de D. Rodrigo; y encima hay otra piedra algo más larga y ancha y un poco tumbada, que todo lo cubre, á la cual llaman luzillo. — El sepulcro es todo alrededor labrado de muchas figuras relevadas y con colores, y en el cuadro primero de los dos pequeños, que mira á la parte del coro, está D. Rodrigo González Girón, acostado en una cama, ayudándole á morir el Abad y ciertos Religiosos Bernardos, y en lo alto dos ángeles, que en una toalla llevan su ánima al cielo.

"En medio del cuadro mayor de mano derecha está una dueña cubierta con un manto negro, que representa á Doña Berenguela López, su mujer, y de una parte sus criados y de la otra sus criadas mesando sus cabellos en señal de dolor. Y en medio del cuadro igual á éste, de mano izquierda, está un ataúd sobre una mesa, y de la una parte mucha clerecía, con una cruz alta y velo, y de la otra Abades Bernardos y Benitos, con los religiosos de su Orden y de San Francisco y de Santo Domingo, que entonces comenzaba á florecer.

"En el cuadro pequeño que mira al altar mayor se ve un caballo encubertado de unos paramentos largos, llenos de encajes de oro y colorados, con criados de la una parte y de la otra mesándose, entre los cuales hay un negro haciendo lo mismo.

"La piedra que dijimos cubrir este sepulcro tiene en medio de sí una gran figura de hombre tendido á la larga, en representación de D. Rodrigo, que es un caballero sin barba y con cabello, según el uso antiguo, y cubierto de una capa asida por una chía por la parte delantera.

"En rededor de esta piedra, que tendrá de grueso más de cuatro dedos, hay renglones de letras grandes esculpidas en ella, declarando el nombre y calidad del varón que está allí sepultado.

"Agradó tanto esta suntuosa obra á su artífice, que dejó en ella puesto su nombre, que es:

"ROY MARTINEZ DE BURVEVA Y DE BAME, en el fin del epitafio que con labor de hermosas letras dice de esta manera:

"Sabuda cosa es que Don Rodrigo Gonzalez fué uno de los muy nobles Hombres de España De Mañas y de Linaje. Y Fizo mucho Bien á Fijos Dalgos En casar Y criar E Fizo Por sus Manos Mil y Dozientos y cinquenta y cinco Cavalleros. E A la Sazon que El Morio Acompañávanle Ocho Ricos Homes con Setecientos Cavalleros, que Eran Todos sus Acostados E sus Parientes Y A su Finamiento Eran con El Dozientos y cinquenta y cinco Caballeros De sus Vasallos. En Esta Sazon Era casado con Doña Berenguela Lopez, Hija de Don Lope E De Doña Urraca. Ella Por si Era Una De Las Mejores Dueñas Que eran en España. En essa Sazon Reynava El Rey D. Alonso En Castilla Y en Leon, E Avia Guerra con El Rey Don Jaime De Aragon E Finó Don Rodrigo Gonzalez En el Mes de Febrero Que Fué en era De MCCXCIII Años."

Jerónimo Gudiel: *Compendio de algunas historias de España, especialmente de la antigua familia de los Girones*, impreso en Avila, año 1577.

Martorell (PEDRO), platero de Barcelona, cuyo nombre registrase en un testamento que lleva la fecha de 10 de Junio de 1381. — *Arch. not.*

Martorell (SIMÓN), platero. Nació en Barcelona del citado anteriormente *Pedro Martorell*. En el mes



de Marzo del año 1380, recibió Simón el precio de dos bandejas (*bacines*) que había fabricado para el Conde de Empurias, D. Juan. Léese el nombre de este notable orfebre en documentos notariales del archivo de Barcelona, correspondientes á los años 1382, 1391, 1394, 1399 y 1408.

Matali (DOMINGO), pintor, vecino de Barcelona. En 19 Mayo 1435 firmó carta de pago á Berengario Mor, estudiante, natural de Balaguer, por suma de 16 sueldos, 6 dineros, «pro quibus (dice), debeo depingere vobis seu ad opus vestri, certas imagines per vos mihi designatas in quodam vestro oratorio,» y prometiéndole entregarle la obra en un mes y dos días, dentro del Monasterio de religiosos de San Agustín. — *Manuales not.*

Marimón (ANTONIO), arquitecto y lapiscida, vecino de Barcelona en 1394. — *Man. not.*

Mayllard (CARLOS BAUTISTA ANTONIO), platero que trabajaba en Barcelona en 1495. Á juzgar por su nombre debió ser de nacionalidad francesa. — *Arch. de orf.*

Mayol (MARTÍN), pintor que trabajó en la catedral de Mallorca desde el año 1327 al 1329. —

Medina (JUAN DE), platero que trabajaba en 1425. — *Riaño, Cat. cit.*

Mediona (JAIME), platero de Barcelona. Á 13 de Febrero de 1380 firma una carta de pago de 1833 sueldos 6 dineros, como precio de una vajilla que elaboró para D. Juan, Conde de Empurias. Es curioso reproducir detalladamente los componentes de la dicha vajilla: «Un jarro de dar agua (pitxerí) de dare aygua, argenti deaurati, ponderis 2 marcarum et medie et 1 quarti, ad rationem 40 sueldos pro qualibet marcha); una *vasera* (gotera) de plata blanca, con esmalte en su copa, seis gobeletes (golibergios sive gots) de lo mismo, dos *escudillas* y *platitos* (scutellas et plateres argenti albi), 2 *greales* (grasals) y 10 *cucharas* (cloquearia) blancas con otras dos sobredoradas.» — *Man. not.*

Melchor, pintor, de nacionalidad alemana. Estaba al servicio de la Reina Católica, la cual le asignó de ración anual, cada un año, 50.000 maravedises, cuyas libranzas de pago de los años 1497 al 1501 existen en el *Archivo de Simancas*.

Mellar (MELCHOR DE), platero que trabajaba en Barcelona en 1495. — *Arch. de orf.*

Merlés (BENITO), pintor de Barcelona, cuyo nombre se lee en documentos de los años 1363, 1374 y 1378. — *Reg. de milicia de Santa Ana, del Pino y del Mar.*

Miguel (PEDRO), pintor barcelonés citado en documentos notariales del año 1423.

Miravet (MIGUEL), iluminador y pendolista. Fué bedel de La Seo de Barcelona y en 24 de Marzo de 1488 convino con los prohombres y sacristanes de la parroquia de San Pedro de Gavá, escribir, iluminar y encuadernar un misal mixto arreglado á la consulta de dicha Seo, todo terminado en diez meses, mas dos para la corrección, por precio de 28 libras. — *De un arch. part.*

Miravet (PEDRO), pintor de Barcelona que trabajaba en 1448. — *Man. not.*

Mocet (GUILLERMO), escultor que trabajaba en la catedral del Salvador de Zaragoza el año 1445. — Véase *Pedro Johan* (Maese).

Modova (PABLO DE), platero de Burgos que en 1283 trabajaba en aquella ciudad, en la cual murió. — *Arch. de la Cat. — Mart. Sans.*

Momet ó Mahomet (MATEO), platero morisco que vivía en Barcelona el año 1361. — *Man. not.*

Monrós (ANTONIO DE), iluminador de libros que trabajaba en Barcelona en 1485. — *Man. not.*

Moragues (PEDRO), platero, escultor de imágenes, vecino de Barcelona en 1391. — *Man. not.*

Moragues (MARCOS), platero. Fué hijo de Pedro, antes citado, y floreció á fines del siglo XIV y principios del XV en Barcelona. — *Man. not.*

Morey (GUILLERMO), escultor y arquitecto. Nacido probablemente en Mallorca, hallábase en Gerona en 1394 dirigiendo la obra del portal de los Apóstoles de la catedral, que él sin duda había ideado. — *Su arch.* — Véase el siguiente artículo.

Morlán (EGIDIO), escultor. Este maestro acabó en 1499 los dos sepulcros de Poblet, destinados por D. Fernando el Católico para su abuelo *el de Antequera* y para su padre *D. Juan II*. (Consta de la escritura auténtica de la traslación de los reales cuerpos á los nuevos entierros, traducida del latín por Finestres, *Historia de Poblet*, lib. II, centuria IV, disert. III.)

Muntflorit (FRANCISCO DE), escultor ó imaginero y maestro de obra lapidaria. Por el año de 1315, á 3 de Marzo, escribe al Rey D. Jaime II tenerle concluidas dos estatuas que le había encargado, la una de la Reina de Aragón, Doña Blanca, y la otra, al parecer, de una Virgen para la Capilla Real; añadiendo que se ofrece á recomponer un sepulcro en el Monasterio de Santas Cruces.

Merece ser conocido este documento, que se halla en el Archivo de la Corona de Aragón. Hélo aquí:

«Al molt noble et honrat Senyor Jacme, per la gracia de Deu, Rey Darago et de Cerdunya et Corcega, Senyaler de la Sancta esglea de Roma.

«Al molt noble et honrat Senyor Jacme, per la gracia de Deu, Rey de Darago de Cerdunya et Corcega, Comte de Barchinona et Senyaler de la Sancta esglea de Roma. *Francesch de Muntflorit* ymaginador et mestre de obra de *pedra*, vassall et humil servent, vostre deguda reverencia ab recomenament de la vostra gracia con Senyor *molt noble* algunes devegadas majats dit et feer dir que yo queus fes dues ymages de *pedra* per veer..... fas vos Senyor a saber que he feytes les dites ymages, ço es a aber una en forma ho figura vostra..... ble madona na Blanca Regina Darago, et axi Senyor si volets que les vos trameta..... a *yimage de madona* Sancta Maria per la vostra Capeyla, demantinent que a vos placia sera feyt et en aço Senyor molt noble *portets* conexer de la obra de *pedra* com men captench. Et si algunes coses volets *ennovar* en..... sepultura de Sentes Creus et de altreloch so Senyor prest et apareylat. Comanme Senyor..... la vostra gracia. Feyta en Leyda lo tercer dia de Març.»

(Continuará.)

MORAIMA

CRÓNICAS GRANADINAS

I

EL GENERALIFE



CLIPSÁBANSE por momentos en nuestra España los resplandores de la media luna, y la raza árabe, batida en sus últimas trincheras por el agüerrido ejército cristiano, perdía palmo á palmo, y con dolor infinito, los encantados dominios que su soñadora imaginación complaciase en imaginar como soberbia antesala de aquel paraíso que les ofreciera el falso Profeta.

Una á una, como otras tantas perlas desprendidas de un collar, pasaban á poder de los cristianos las plazas fuertes, donde antes, desde luengos siglos, imperaran los moros, y aquella raza supersticiosa y fanática concentró en Granada, último baluarte de su poder, todo el valor que aún le restaba, para defenderla de los atrevidos y repetidos ataques de las castellanas tropas.

¡Granada! Su solo nombre es un poema, su peregrina historia una elegía, que aun murmuran á oídos del viajero, arrastrándose perezosas sobre arenas de oro las plácidas aguas del Darro y del

Genil, hermosos espejos donde copia su incomparable belleza. Hoy, los estragos del tiempo, los estremecimientos del volcánico suelo, han desmoronado gran parte de los primores que en ella sembrara el arte arábigo, el genio risueño de aquella raza, á la que debemos los iberos las débiles auras de nuestra civilización; sin embargo, aquellas ruinas tienen algo de augusto, y sin profundo respeto, sin emoción misteriosa, no pueden los hijos de los modernos tiempos llegar á los umbrales de la que fué fastuosa Corte de los reyes moros.

Nunca del mágico nombre de Granada se divorciará la sombra que sobre ella proyecta la poesía legendaria, y nosotros entusiastas, admiradores de su brillante pasado, vamos á despertar los dormidos ecos de su historia, sorprendiendo al hermoso joyel del islamismo en la época de su mayor apogeo, allá por los años 1490 ó 1491, cuando la morisca ciudad se aprestaba á su suprema y desesperada defensa.

Increíble efervescencia reinaba entonces en Granada, porque además de las inquietudes que los continuos triunfos de las armas cristianas les infundían, mezclábanse al malestar de las pasadas luchas las discordias que separaban á las diferentes tribus que bullían en su recinto, y que más de una vez ensangrentaron las calles y plazas de la corte arábiga, siendo aquel descontento nunca acallado, restos de la antipatía que siempre alimentaron los moros hijos de África, contra los que arribaron á nuestras costas procedentes de Oriente.

Al dar principio á nuestra historia, los pálidos rayos de la amorosa luna envolvían con misteriosos cendales los peregrinos contornos de la Alhambra, como si la reina de la noche fuera la constante enamorada de sus infinitas bellezas. El más absoluto silencio reinaba sobre la ciudad arábiga, todo parecía gozar allí de completo reposo; sólo cuatro caballeros, envueltos en amplios albornoces, atravesaban con cauteloso paso las vastas estancias de la Alhambra, deslizándose como fantásticas sombras por entre la laberíntica confusión de esbeltas columnas que atestiguaban la fantasía peculiar á la raza morisca.

Ningún rumor despertaban sus leves pisadas sobre el marmóreo pavimento, y más que caballeros de noble estirpe, según su lujoso atavío indicaba, parecían medrosos criminales que buscaban en la sombra y el silencio apoyo para sus siniestros planes. Nadie advirtió su excursión nocturna, y pudieron salir á los jardines del Generalife, donde el plácido viento de la noche, que á intervalos se adormecía feliz entre mirtos y arrayanes, serenara un poco sus enardecidas frentes.

Ya allí, dirigiendo una última y recelosa mirada á su alrededor, preguntó en voz baja uno de los moros al que tenía más inmediato:

— ¿Estamos solos, Ali-Hamete?

— Ya lo creo — repuso el interpelado, también en voz muy baja; — ¿quién quieres que nos espíe á semejantes horas, Mahomat? En último caso, sólo los pájaros que anidan entre esas arboledas.

— Sin embargo, estamos cerca del palacio todavía, y lo que tengo que deciros debe quedar muy secreto. Seguidme.

Encogieronse de hombros sus acompañantes, y sin cambiar más palabras, se dispusieron á internarse por el umbroso jardín.

Después de atravesar frondosísimas arboledas, donde ni aun tenían entrada los tenues rayos de la luna, llegaron á una plazoleta, en medio de la cual, de un magnífico y alabastrino estanque, saltaba rumorosa el agua, modulando misteriosas endechas. Esbeltos cipreses, como mudos centinelas, guardaban el vasto estanque, y uno entre ellos, el más alto, el de más robusto tronco, que atestiguaba bien á las claras su longevidad, eligiólo el moro que ca-

pitaneaba la pequeña expedición, apoyando en la rugosa corteza su abrumada frente.

— La suerte está echada, compañeros — dijo al fin con voz bronca; — y por Alá, dudo que la ingrata pueda escaparse de las redes que artificiosamente tendí en torno suyo.

— ¡Qué dices! — murmuraron sus acompañantes.

— Digo que ha sonado para Moraima la hora de la desgracia.

— ¿De veras? Cuenta, cuenta, — dijeron los tres, acercándose con afán á su compañero.

— Ya sabéis que los odiados abencerrajes y Moraima la sultana forman causa común.

— Desde luego, y no omitas detalle en tu relación; — repuso Alí-Hamete — las alegres fiestas hoy celebradas, nos han impedido hablar sin despertar sospechas. ¿Qué opinas, triunfaremos?

— ¡Oh! sí; pero callad, que ni el viento de la noche nos oiga, porque estaríamos perdidos sin remedio. Hasta ahora los abencerrajes han disfrutado del favor del rey, porque Moraima supeditaba la débil voluntad del monarca. Para ellos eran todas las distinciones, mientras que para nosotros, los zegríes, todos los desprecios; pero la hora de la venganza ha llegado.

— ¡Si estuvieras en lo cierto! — se aventuró á decir Alí-Hamete.

Miróle con expresión siniestra Mahomad-Gomel, y poniendo la mano sobre el hombro de su compañero, dijo con la terrible calma del odio satisfecho:

— Moraima ha caído en desgracia. Está presa.

— ¿Por qué? — preguntaron á la vez Mahandin y Mahomet-Zegrí, que, con Alí-Hamete, eran los compañeros de Mahomad-Gomel.

— Porque he dicho al crédulo monarca que durante las últimas fiestas y zambras, dispuestas en la Alhambra con motivo de la boda de Haxa, la sultana altiva, á cuyos pies no se cansa el rey de suspirar amores, se dejaba abrazar por el infame jefe de los abencerrajes Albin-Hamat, precisamente aquí, al pie de este ciprés del Generalife, que he escogido, como lugar solitario, para contaros cuanto ocurre.

— ¿Pero lo que has dicho al rey no será cierto?

— No — contestó sombríamente el moro; — es una calumnia necesaria para acabar con el valimiento que tienen en la Corte los abencerrajes, y vengarme á mi vez de los desdenes de Moraima.

Absortos, ante tanta audacia, quedaron por un momento los tres moros.

— Realmente es grave lo que nos dices — murmuró Mahomet-Zegrí — y ¡ay de nosotros! si alguien nos oyera.

— Deponed todo temor, por eso os he conducido á sitio tan retirado. Ahora he de saber si puedo contar con vosotros. ¿Afirmaréis, si llega el caso, cuanto acabo de decir al rey, y debe asegurar para siempre nuestra preponderancia en Granada?

— Sí — dijeron los tres con acento firme, después de reflexionar unos momentos.

Un ligero rumor de hojas hizo estremecer á los cuatro interlocutores.

— ¿Nos espían? — preguntó uno de ellos con voz cautelosa.

— No, es el viento; tranquilizaos — dijo Mahomad-Gomel; — todos duermen en Granada ajenos á mi plan. Sólo velan, quizá, el rey en su estancia, atormentado por los celos, y Moraima en la prisión, inquieta por la suerte que le espera. ¡Todos duermen! — prosiguió el moro iracundo; — ¡cuán terrible será mañana el despertar para muchos! Ya sabéis lo que quería comunicaros; ahora silencio y cautela; vámonos á descansar, y el Profeta nos envíe los dulces sueños de la venganza satisfecha.

A buen paso abandonaron los moros la solitaria plazoleta, y cuando sus blancos albornoces se hubieron confundido al último extremo del jardín con

el pálido rayo de la luna, una sombra esbelta se destacó de entre un macizo de rosales en flor, no lejos del centenario ciprés. Era una mujer vestida á la usanza morisca.

— No todos duermen en la Alhambra, miserables traidores — exclamó con vehemencia; — alguien vela, por fortuna. ¡Pobre y triste Moraima! Dios tal vez me ha reducido á los rigores del cautiverio para que te sirva de instrumento. ¡Cuánto tarda en lucir el sol del nuevo día — añadió la cautiva; — estoy impaciente por hablar al rey y hacer brillar la inocencia de mi señora. No en vano me llamo Esperanza; quizá sea la última que reste á la desventurada sultana.

Así fué, en efecto; el papel de ángel salvador de la reina mora quedó confiado á la esclava cristiana; pero no adelantemos los sucesos de esta verdadera historia. Al día siguiente la confidente y amiga de la sultana fué encerrada en la prisión donde gemía Moraima; y en el Patio de los Leones, llamados por el rey, fueron entrando uno á uno los abencerrajes, y cayeron sus cabezas bajo el golpe del damasquino alfange, como cae la mies bajo la hoz del segador, originando tan atroz matanza una rebelión en Granada que asestara el más seguro y fiero golpe al agonizante poder de los árabes en España.

II

EL CAMPAMENTO CRISTIANO

En las inmediaciones de Talavera de la Reina hallábase acampado el ejército cristiano, impaciente por poner cerco á Granada; y la tienda real, donde flotaba el pendón morado de Castilla á merced del viento, cobijaba desde una pequeña altura á las demás tiendas de campaña que junto á ella se agrupaban, como celosas de defender su más preciado tesoro.

Y tesoro era, en efecto, la familia real que en ella se albergaba, especialmente la magnánima Isabel I, cuya sola presencia producía el más cariñoso entusiasmo en el pecho de sus valientes guerreros.

Formaban en el centro de la regia tienda dos grupos á cual más típico: uno el rey, rodeado por sus más aguerridos capitanes, tratando de las campañas futuras, y otro la reina y sus damas, entretenidas en amenas pláticas. A los pies de la soberana, sentado en rico escabel, hallábase el príncipe D. Juan, en quien, á pesar de sus cortos años, cifraban sus esperanzas todas los Católicos Reyes.

Eran las tres de la tarde, y los rayos del sol, que penetraban alegres por la entreabierta puerta, rodeaban á manera de nimbo la cabeza inteligente de la reina, quien se entretenía en acariciar los sedosos cabellos del príncipe.

— ¿Creéis, señor — preguntaba á la sazón la reina á su real esposo — que al fin ha llegado la hora de poner cerco á Granada?

— Sí, Isabel, el momento es propicio, pues acabo de recibir confidencias sobre una rebelión que estalló ayer en Granada, por haber mandado matar el rey á los abencerrajes. Los pocos que lograron escapar de la matanza se hallan entre nosotros, según acaba de participarme nuestro fiel vasallo don Juan Chacón, y dispuestos á abrazar el cristianismo.

— ¡Qué fortuna, Señor, tan grande — dijo la reina, en cuyo expresivo rostro dibujóse el gozo más puro; — contadme, D. Juan, cómo se ha realizado tan portentoso suceso.

— La tribu de los zegríes, señora — dijo el interpelado obedeciendo á la amable soberana — ha tiempo se mostraba celosa é irritada por las distinciones y altos empleos que alcanzaban en Granada los abencerrajes, raza altiva y valiente, cuyas privilegiadas condiciones eran sinceramente estimadas por la sultana Moraima. Cansados de verse postergados, no vacilaron en acudir á la calumnia para destruir á sus

enemigos, é hicieron llegar á oídos del monarca árabe la pífida especie de que el jefe de los abencerrajes era el amante preferido de la sultana, y sus parciales unos traidores que, en vez de contribuir al esplendor de Granada, conspiraban para su pérdida. Con tales visos de verdad presentaron la torpe fábula, que el rey ha mandado reducir á prisión á la sultana y cortar la cabeza á treinta y seis abencerrajes, siendo causa tal atropello del violento choque que entre ambas tribus enemigas ha ocurrido en Granada.

— ¡Qué horror! — exclamó Isabel la Católica; — estremece el relato de tan sangrientas escenas; pero Dios sabe por qué fin encauza así las cosas. ¿No os parece, señor — añadió dirigiéndose á Fernando de Aragón — que hay en todo lo que sucede algo de providencial y fortuito para nuestras armas?

— Creo que no hemos de tardar en ver coronados tantos esfuerzos con la esperada victoria. El estandarte de la Cruz brillará al fin en las torres de la Alhambra.

Relumbraron á impulsos del entusiasmo los ojos de la reina, y su mirada, por la abierta puerta, buscó en el remoto confín del horizonte la vaga silueta de aquella hermosa Granada, que era el persistente ideal de sus ensueños, y al hacerlo tropezaron sus ojos con un soldado de alguna edad, de aspecto tranquilo y digno, que paseaba absorto en profundas meditaciones, no muy lejos de la tienda real.

— Beatriz, hija mía — dijo la reina á su dama predilecta la de Tendilla — aquel soldado que pasea allá abajo, ¿no es tu protegido, el marino genovés?

— Ciertamente, señora, y V. A. es muy benévola acordándose de él, cuando todos le olvidan.

— ¡Oh! no es posible olvidar á quien tanto promete y presta á sus palabras el acento de la sinceridad que convence.

Frunció el ceño Fernando de Aragón, al oír las últimas palabras de su esposa, puesto que él nunca fué partidario de los proyectos de Colón, pero nada dijo, fiel á su sistema de prudente y cauta política.

— Será preciso pensar en su maravilloso proyecto, cuando la conquista de Granada sea un hecho — dijo por fin la reina; — yo no olvido mis promesas, y ambiciono para Castilla la gloria de descubrir un mundo. Pero viste de soldado Colón, ¿por qué causa?

— El digno marino — contestó la dama — también quiere contribuir á la gloria de la conquista, ganándose el sueldo con que le favorece V. A., interín espera época de mayor calma para que se discutan sus proyectos.

— Noble corazón — murmuró la reina — quedándose unos momentos en silencio.

Después, y como viera la conversación interrumpida, y á su esposo algo contrariado por el giro de sus últimas palabras, añadió, dirigiéndose al caballero, que la explicara la última revuelta granadina:

— Y decidme, D. Juan, ¿cuál ha sido la suerte de la acusada Moraima?

— Nada hay decidido aún respecto á ella; pero á juzgar por el giro que toman los asuntos moriscos, la solución no será muy lisonjera para la calumniada reina.

— ¡Pobre Moraima! — dijo la bondadosa Isabel; — los moros son vengativos y falaces; allí tal vez no encuentre, como encontraría en Castilla, defensores de su inocencia.

Imperceptible sonrisa plegó los labios de don Juan Chacón, quien se retiró prudentemente á un lado, al terminar el interrogatorio de su soberana. Ésta, en cuya mente bullían mil ideas generosas, exhaló un suspiro y besó con infinito amor la cabellera del príncipe D. Juan, en cuya infantil cabeza su amor de madre veía lucir, en lo porvenir, dos coronas, la de España reconquistada á los árabes, y la del Nuevo Mundo, que le ofrecía el osado y so-

ñador navegante que á poca distancia de ella paseaba, acariciando cómo siempre sus colosales proyectos, aquellos que debían colocar á nuestra patria la primera entre todas las naciones de la tierra.

(Concluirá.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASOCIACIÓN DE CATÓLICOS

En la última junta general de esta Asociación, celebrada en el Palacio Episcopal bajo la presidencia de nuestro Prelado, el Sr. D. Vicente de la Fuente, como Presidente de la Junta provincial, presentó una Memoria escrita para el Congreso católico, en la que constan los estados de los veinte años que lleva la Junta de existencia, dando cuenta de la situación de las escuelas, sostenidas con brío, de las que hay actualmente en Madrid 23 de niños y niñas y de adultos por la noche, contando estas últimas 376 alumnos.

La Asociación no ha cerrado en el año 1888 ninguna de sus escuelas, antes bien ha logrado aumentar una nueva, junto á la Parroquia de San Andrés, por indicación de nuestro dignísimo Prelado y católicos piadosos, para contrarrestar en lo posible la propaganda protestante por aquella feligresía.

La escuela de adultos que sostenía la Junta provincial en Vallehermoso, por haberse disuelto la parroquia de San Marcos, se ha trasladado á la calle de la Ilustración, núm. 8, duplicado, Parroquia de San Antonio, desde fines de año.

El celoso Presidente manifestó las dificultades que se habían opuesto, y probablemente se opondrían, á la reorganización de las Juntas de la Asociación; pero que quizá en el próximo Congreso podría lograrse que las Juntas provinciales tuvieran entre sí relaciones mutuas de fraternidad y con la Comisión permanente del Congreso.

El Sr. Obispo exhortó á los socios á no desalentarse y seguir trabajando en la obra meritoria de las escuelas católicas.

NUEVA ORDEN RELIGIOSA

En la Cartuja del Puig (Valencia) acaba de establecerse esta nueva Orden de Franciscanos Capuchinos, cuya misión es el cuidado de los penales y de los que se encierran en dichos establecimientos, la asistencia de los enfermos, especialmente en épocas de epidemia, y la instrucción elemental en escuelas de primera enseñanza; es decir, el sacrificio de la vida en favor del prójimo, la caridad ejercida con el niño para hacerle hombre, con el enfermo para devolverle la salud, con el criminal para procurar su redención.

Obtenida la aprobación de Su Santidad, y aceptada por el Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia la instalación de la nueva Orden, catorce Hermanos, casi en su totalidad jóvenes animosos, alguno de ellos Sacerdote ejemplar, tomaron el hábito, consagrando su vida al sacrificio.

Ya parece que han sido solicitados los servicios de la nueva Orden, por una Asociación organizada en Madrid para el socorro moral y material de los licenciados de presidio.

CRÓNICA

El Album de la Mujer, ilustración hispano-americana que en Méjico ha hecho popular su directora, nuestra insigne compatriota la Sra. Doña Concep-

ción Jimeno de Flaquer, publica en su número de 31 de Marzo un artístico retrato de nuestro director D. Fernando Martínez Pedrosa, al que acompañan las notas biográficas correspondientes en un brillante artículo de la distinguida escritora Doña Josefa Pujol de Collado. A ésta y á la señora de Flaquer, damos gracias por el acto de consideración á una personalidad que nos es tan querida.

—Estamos en deuda de gratitud con el ilustradísimo periódico *La Unión Católica*, que dedicó frases inmerecidas á LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA en uno de sus notables artículos, y se la pagamos al propio tiempo que al popular *Noticiero Universal*, de Barcelona, colega á quien debe también nuestra Revista elogios que sobremana nos honran y que sólo debemos á la bondad de los citados periódicos.

—La Real Academia Española celebró el día 14 recepción pública del Sr. D. Eduardo Benot, que leyó un profundo y correcto discurso sobre el tema de «¿Qué es hablar?» celebrado por cuantos le escucharon, así como la contestación dada al mismo, por el ilustre académico D. Víctor Balaguer.

—A pesar de la atmósfera enrarecida que ciertos crímenes crearon en Madrid, no pecaremos de optimistas si decimos que las fiestas de Semana Santa se han celebrado este año con gran orden, recogimiento y asistencia de fieles.

En la cátedra sagrada han brillado nuestros predicadores más famosos, atrayendo tantos oyentes que no cabían en los más anchurosos templos. La Santa Iglesia Catedral se ha visto llena, oyendo la palabra de los PP. Arcos y Sánchez Prieto; llenas las de San José y la de Chamberí, donde predicaron las Siete Palabras los Sres. P. Vinuesa y Manteola, y no menos concurridos los templos donde difundieron la doctrina evangélica oradores tan notables como los Sres. Cardona, P. Mendia, Díaz Guisarro, P. Fita, Jiménez, Montalbán, Yagüe, P. Genover, Morales, Unsaín, Uribe, Manzanos, Grande, Rivilla, Belda, Meneses, Tomé, Bocos, y en las Misiones de la Saleta en San Millán, los PP. Apolinar, Artola y Alonso.

Se estrenaron monumentos en San Martín y Chamberí, más ó menos adoptados al gusto deplorable de hacer de los templos escenarios teatrales. El Lavatorio de los pobres se celebró el Jueves Santo, en la Real Capilla por S. M. y en la Iglesia Catedral por nuestro virtuoso Prelado, con la solemnidad de costumbre, y el viernes salió la tradicional procesión de los Pasos, única que se verifica en Madrid.

—La Junta central del Congreso católico ha recibido numerosas adhesiones de los centros católicos, asociaciones, academias y publicaciones religiosas de toda España, dando de este modo importancia singular á los acuerdos que tome en sus sesiones esta respetable Asamblea.

En las sesiones públicas del Congreso hablarán para desenvolver tesis los Sres. Menéndez Pelayo, Orti y Lara, Pidal, Vilanova, Marqués de Vadillo, Barbieri, Torres Aguilar, Marqués del Busto, Sánchez de Castro, D. Vicente de la Fuente, el señor Gómez y otros.

Asistirán numerosos Pelados, y presidirá el Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Zaragoza, conforme al art. 8.º del Reglamento.

—Presidida por el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, se reunió en el Congreso, por iniciativa del Sr. Sorela, la Junta que ha de constituir la Asociación anti-esclavista.

El Sr. Sorela dió cuenta de los trabajos realizados en el extranjero y las conferencias que con el Cardenal Lavigiére había celebrado, en las cuales le encargó S. E. la formación en España de esta Sociedad, y terminó con la presentación del programa á que la Sociedad deberá ajustar sus actos.

Leído el programa por el Sr. Cánovas del Castillo, y aceptado después de breve discusión, se procedió al nombramiento de una comisión provisional para ultimar estos trabajos y convocar á una junta á las cien primeras personas que deseen formar parte de esta Sociedad, resultando elegidos por unanimidad los Sres. Cánovas del Castillo, Duque de Tetuán, Cassola, Carvajal y Barón de Sangarrén, y como secretarios á los Sres. Marqués de Lema y Botella (D. Cristóbal).

En la primera junta que se celebre se nombrará el Comité que ha de dar carácter ejecutivo á los trabajos de la Sociedad.

—*La Riforma*, de Roma, tributa elogios al cuadro que recientemente ha pintado el distinguido artista D. Luis Herreros de Tejada.

La obra, cuyo asunto se refiere á la fundación del Ayuntamiento de Madrid por D. Alfonso XI, será expuesta en la sección de Bellas Artes de la Exposición de París.

El Sr. Herreros de Tejada es joven de porvenir, á quien aguardan sin duda señalados triunfos, si persevera en el estudio del arte á que tiene consagrados su talento é inspiración.

—Según una correspondencia de Roma, el Consistorio para la proclamación de nuevos Cardenales que se decía iba á celebrarse después de Pascua, queda aplazado para San Pedro. El Padre Santo, que ya ha llegado á un acuerdo con el Gobierno de la República francesa para conferir el *capello* á los Arzobispos de Lión, París y Burdeos, quisiera entenderse con el Emperador de Alemania sobre el Prelado que ha de recibir la púrpura, sea el príncipe Obispo de Breslau, ó el Arzobispo de Colonia, preferido por la Santa Sede. El nuevo Nuncio en Baviera, Mons. Agliardi, Prelado inteligentísimo y amigo de su colega en Viena, Mons. Galimberti, siendo, como lo es, representante de la Santa Sede en Munich, Nuncio en toda Alemania, aun cuando no lleve este título, facilitará el acuerdo sobre este asunto y realizará otro *desideratum* de León XIII, la creación de un Obispado católico en Berlín.

NOTAS SUELTAS

—¿Qué tiene tu chica, Adela, que pega cada berrío....?

—Grita así, porque la crío, ya se ve, pa la Zarzuela.

Pues como dice el Dotor que me ha curado un uñero, ser tres cosas da dinero: rata, tiple, ó mataor.

Historieta:

Inocente y Cándida se amaban y no teniendo dinero ni paciencia para esperar, resuelven casarse de repente y por sorpresa.

Acuden á la Misa que dice el Párroco y antes de llegar á la bendición, se arrojan á sus pies.

Pero el Sacerdote pasa delante de ellos sin echar la bendición.

La Misa era de difuntos.

Con tan mal agüero, Cándida é Inocente no han vuelto á pensar en casarse á traición.

Porque para éste, como para todos los Sacramentos, hay camino llano y recto, que es el que admite la Iglesia.

DE BUENA VIDA Y COSTUMBRES

Me levanto allá á la una porque me acosté á las tres:



RESURREXIT, NON EST HIC, CUADRO DE MANUEL RUIZ GUERRERO.

esperando dar un golpe
perdí, pero no pagué.
¿Dónde almuerzo? Iré á Levante.
Pido y me engullo un *bistek*
que quedo á deber al mozo,
pues ante todo, el deber.
Paseo por las aceras
y tropiezo con Garcés
que me dice: — Vente á Fornos
y tomaremos café.

— ¿Se sabe qué ha declarado
hoy la Higinia Balaguer?
Empieza la discusión
sobre si es ella ó es él,
y entre mentiras y copas,
pasamos hasta las seis.
¿Jugaré á la lotería?
Aquí viene el coronel.
Le saco un duro y le juego;
no hay modo así de perder.
Paseo por la Carrera.
— ¿Qué hay del crimen?

— ¡Sensatez!

Un amigo me convida
á comer en el Inglés.
Vamos en seguida á Eslava.
Chico: aquello era un burdel.
— ¿Has visto á Higinia?

— Esta tarde.

— ¿Y qué dice?

— Que ella fué.

— Trapalona. No la creas.
Es una mujer de bien,
que quiere pasar por mala,
ella se sabrá por qué.
Las doce. Vámos al «Círculo».
Allí están soltando hiel
dos *reporters*.

— ¿Qué hay de nuevo?
Que tiene otra pista el Juez

y que todo se sabrá
antes de que pase un mes.
— ¿Tú que crees de Varela?
— Que es un absurdo creer....
Es un muchacho muy guapo,
¡incapaz....! ¡Vaya si lo es!
Las tres y media. A la cama.
Mañana, vuelta otra vez.

* *

Contrastes:

— Rosita, ¿qué ruido es ese que metes en tu
cuarto?

— Estoy rezando el Rosario con mi doncella.

— ¡Ah!

— ¿Y qué bulla es esa tuya, Manolito?

— Nada.... Sigue.... Estoy ensayando con el
criado el discurso que he de pronunciar en el cír-
culo. Tú sigue rezando por los dos.

* *

Entre amigas:

— ¿Y qué es ahora tu marido?

— Jefe del Movimiento.

— Hija, ¿qué mareo!

— ¿Y el tuyo?

— Jefe de la Deuda.

Tendrá mucha gente á su cargo.

— ¡Medio Madrid!

* *

ACTUALIDADES

— ¡A los toros! ¡A los toros!
— Ande usted, Señá Dolores.
— ¡Pero hija, si están tan caros!
— Empeña usted los colchones.
— ¿Y en dónde dormimos luego?
— Se arrecuestan en el cofre.

El tío Lesmes vendrá chispo
y duerme donde le ponen:
acuéstele usted en el patio
que ahora están buenas las noches,
y con el fresco del pozo
se desipan los vapores.
— Vengase usted, Señá Lola;
miste que pica Melones.
— ¿Melones....? me gustan mucho.
— ¡Picaores! ¡Picaores!
— ¡A los toros! ¡A los toros!
— ¡Pa eso somos españoles!

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á los suscripto-
res que adeudan cantidades á esta Adminis-
tración las remitan lo más pronto posible, á
fin de evitar los perjuicios que con su moro-
sidad se siguen á los intereses de los Huér-
fanos.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, París
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL **VIOLET** JABON
DE **THRIDACE** único Inventor **VELOUTINE**
29, B^{te} des Filles, París
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.193.